

UNA ESTIMABLE Y NUEVA APORTACION HISTORICA SOBRE LA EXPULSION DE LA COMPAÑIA DE JESUS

MANUEL REVUELTA GONZALEZ
Facultad de Filosofía y Letras. UPCO (Madrid)

JOSÉ A. FERRER BENIMELI, *La expulsión y extinción de los jesuitas según la correspondencia diplomática francesa*, Tomo I. 1766-1770. Universidad Católica de Táchira. San Cristóbal 1993, 130 pp. Tomo II. *Córcega y Paraguay*. Universidad de Zaragoza. Universidad Católica de Táchira. San Cristóbal 1996, 352 pp.

Lejos de ser un tema aparcado, la expulsión y extinción de los jesuitas sigue atrayendo el interés de los historiadores. En el tomo I de esta obra se estudian los motines contra Esquilache, los primeros pasos diplomáticos para la extinción de la Compañía, la exigencia de la abolición como condición para la reconciliación de la casa de Borbón con el Papa, el conclave de 1769, que eligió a Clemente XIV, en relación con los jesuitas, y las promesas del nuevo Papa al comienzo de su pontificado. La aportación fundamental de este tomo consiste en el estudio de estos temas a partir de la correspondencia diplomática de la embajada francesa en España, entre Choiseul y el embajador d'Ossun. Es una correspondencia clave y fundamental, que permite contemplar el drama de los jesuitas españoles desde nuevas perspectivas. El servilismo del Papa Ganganeli a los deseos de Carlos III se constata de manera patente en la documentación francesa.

El tomo II de la obra merece una atención especial, porque completa el tema de la expulsión de los jesuitas españoles situándolo en los escenarios de Córcega y América, y ofreciendo datos nuevos de extraordinario interés. Ferrer Benimeli ha reunido en este segundo tomo tres importantes estudios sobre la expulsión de los jesuitas. Como todos sus trabajos, este libro se basa en una excelente documentación. El autor ha consultado fondos del Archivo Histórico Nacional, Archivo General de Si-

mancas, Embajada Española en Roma, Provincia de Toledo S.J. de Alcalá y, sobre todo, los Archivos Diplomáticos de París. Esta documentación se ha completado con algunos diarios y relatos de los jesuitas expulsos y con otras fuentes y bibliografía.

En la primera parte del libro, «Córcega y los jesuitas españoles expulsos 1767-1768», la investigación se apoya, principalmente, en la correspondencia diplomática del embajador francés Marqués d'Ossun con Choiseul, y se completa con otros despachos diplomáticos de los embajadores y agentes españoles en París, Roma y Génova. La importancia de los despachos del embajador francés en el asunto de los jesuitas expulsos es fácil de comprender, si se tiene en cuenta que la isla de Córcega iba a ser el primer destino o presidio de los desterrados. En 1767 Córcega estaba bajo la soberanía de Génova; pero en el interior dominaban los insurrectos mandados por el general corso Paoli, mientras las ciudades de la costa se sostenían gracias a la intervención de tropas francesas dirigidas por el general Marbeuf. Se explica, pues, que un asunto de tanta importancia como la colocación de 5.000 jesuitas (3.000 de España y 2.000 de América) suscitara una acción diplomática a varias bandas, entre Madrid, Roma y Génova. Al cabo, la soberanía genovesa sobre Córcega dejará paso a la soberanía francesa, reconocida en el tratado de Compiègne (15 de marzo de 1768).

La navegación, desembarco y establecimiento de los jesuitas expulsos en Córcega es uno de los episodios más dolorosos y peor conocidos de aquella tragedia. Es la historia de la primera etapa del exilio, un tiempo intermedio, desde la salida de las costas españolas o americanas hasta el asentamiento definitivo en los Estados Pontificios. Un tiempo intermedio que venía marcado por dos negativas, la del rey y la del Papa. Carlos III expulsó a los jesuitas de los dominios españoles, y Clemente XIII les cerró las puertas de los Estados Pontificios. La negativa del Papa al desembarco de los expulsos era un rechazo a la política del rey, pero fueron los jesuitas los que la padecieron con su confinamiento en la isla de Córcega, que se convirtió para ellos en un verdadero campo de refugiados.

El tejido histórico que Ferrer hace es fundamentalmente narrativo. Con unas piezas documentales perfectamente enhebradas logra una reconstrucción minuciosa de los hechos. La narración fluye seguida, sin división en capítulos, al ritmo que marca la cronología. Se lee con sumo interés. Los hechos hablan por sí mismos, y los protagonistas cuentan lo que ven, lo que sufren y lo que sienten. Entre los episodios más pintorescos se destaca el embarque de los jesuitas de las cuatro Provincias españolas en los puertos designados (Ferrol, Puerto de Santa María, Cartagena y Salou), y la penosa navegación de los cuatro convoyes, con detalles de costumbrismo negro sobre la penosa vida a bordo. Luego viene el golpe sobre la herida: la negativa del Papa a recibir a los desterrados y el tremendo desengaño que aquel rechazo les produjo, como se refleja en el comentario que hace el P. Luengo en su diario.

Se estudian a continuación las negociaciones diplomáticas con Francia, que fueron largas y lentas; agravadas con las negativas de Génova, y la oposición del general Marbeuf a que los jesuitas se instalaran en unas plazas ocupadas por soldados franceses (mayo-junio de 1767). Mientras los diplomáticos discuten, los jesuitas permanecen en los barcos en situación límite. Por fin, entre julio y septiembre de 1767, logran desembarcar en un país en guerra, donde había dificultades para encontrar víveres. Se establecieron, según las Provincias, en ciudades costeras: los de Andalucía en Calvi, los de Castilla en Algayola, los de Toledo en Ajiaccio y los de Aragón en San Bonifacio. Cuando estaban mal que bien asentados empezaron a llegar los de América, que se establecieron en San Florencio y Bastia.

Los detalles de la vida ordinaria en aquellas plazas se basan en los datos, a menudo sombríos, que aparecen en los diarios de los jesuitas Luengo, Tienda, Isla, Marcos Cano, Olcina, Paucke, Peramás, etc. Admira el modo en que lograron organizar,

en circunstancias tan adversas, la vida comunitaria, el noviciado y los estudios. La escasez de víveres hizo difícil la organización de la subsistencia. En este contexto se explican las gestiones que hicieron con Paoli para que facilitara el comercio, así como los socorros de víveres que les enviaba el P. General, o la condesa de Acerra, hermana de los Padres José y Nicolás Pignatelli. Era conocida la fidelidad de éstos a su vocación. No lo era tanto la habilidad económica del P. José, que organizó el pastoreo con bueyes para surtirse de carne, y una especie de almacén.

Junto a la actitud de fidelidad de la mayor parte de los jesuitas aparecen también las claudicaciones de los que cedieron a la presión de una situación sin esperanza. El embajador Cornejo comunicaba a Grimaldi desde Génova las noticias de las primeras desertiones, fugas, y secularizaciones de algunos jesuitas. Los ministros de Madrid favorecían aquellas secularizaciones, que, según ellos, minaban el fanatismo de los jesuitas y su unión con la Compañía. Por eso instaban al embajador en Roma, Azpuru, a que las promoviera. El tema de los jesuitas secularizados ha sido tratado últimamente en un buen trabajo de E. Giménez López y M. Martínez Gomis, publicado en *Hispania Sacra* 47 (1975), 421-469.

La estancia de los jesuitas en Córcega cesó en septiembre de 1768, a consecuencia de dos acontecimientos: la entrega de la isla a Francia, que motivó el envío de nuevas tropas francesas, que se instalaron en edificios ocupados por los jesuitas españoles, y la llegada de los jesuitas procedentes de América, que agravó las estrecheces que todos padecían. Comienzan entonces las incomodidades del último viaje marítimo de los expulsos. Cuando les negaban el permiso para desembarcar en las costas de Génova, un marinero francés le dijo al P. Olcina: «¿qué raza de gente tan maldita sois vosotros que nadie os quiere?». Por fin encontraron su destino final en ciudades de los Estados Pontificios: en Ferrara los de Aragón, Perú y México; en Bolonia los de Castilla y México; en Imola los de Chile, en Faenza los de Paraguay, en Forli los de Toledo y en Rímimi los de Andalucía.

Al final de su interesante trabajo Ferrer publica unos apéndices muy valiosos, con la lista nominal de todos los jesuitas desembarcados en Córcega, distribuidos por provincias y colegios, y de los novicios, los fallecidos y los secularizados.

Las dos últimas partes del libro se ocupan de los jesuitas de la antigua Provincia del Paraguay, que, en la época de la expulsión, abarcaba un territorio inmenso. Esta Provincia comprendía dos clases de instituciones: por una parte las 47 misiones o reducciones clásicas entre los indios Guaraníes, Chiquitos y Chaco y, por otra, unas veinte casas, al estilo de las de España (casi todas colegios) en varias ciudades de las actuales repúblicas de Argentina, Paraguay y Uruguay. El autor aborda la expulsión de los jesuitas en la doble faceta de aquella Provincia, basándose en dos fuentes de carácter muy distinto.

La segunda parte del libro se titula «Viaje y peripecia de los expulsos de América. El Colegio de Córdoba de Tucumán.» En aquella ciudad se hallaba el corazón de la Provincia jesuítica del Paraguay, pues allí estaba la residencia del P. Provincial, el Colegio Máximo, el noviciado y un colegio internado. La fuente utilizada para contar el exilio de las comunidades de Córdoba es el diario que escribió el P. José Peramás, que fue gran humanista y profesor de moral en aquel Colegio Máximo. El relato de Peramás es interesantísimo, pues narra con todo lujo de detalles la larga odisea de sus compañeros desde Córdoba (12 de julio de 1767) hasta Bolonia (24 de septiembre de 1768). Fue un viaje épico por tierras y mares, a pie, en carretas, coches o cabalgaduras, en navíos distintos, siempre incómodos, pasando por calmas y tempestades o por detenciones desesperantes en puertos donde les prohibían desembarcar. Tuvieron que atravesar la Pampa argentina, pasar cinco meses encerrados en Puerto de Santa María, salir de Córcega a poco de haber llegado, y atravesar los pue-

blos de Génova y Parma hasta llegar a los Estados Pontificios. Peramás era un observador minucioso, de acerada pluma. Anota con gran precisión cronológica las etapas del viaje. Descubre con perspicacia el carácter de las personas. Traza descripciones costumbristas de los lugares por donde pasa, y pinta la angustura, fetidez y comida miserable de los barcos, con un realismo que recuerda la novela picaresca. Estos detalles hacen de su narración uno de los mejores relatos de viajes del siglo XVIII. Peramás es un jesuita fiel a su vocación. Por eso brotan de su relato sentimientos de reprobación por la injusticia que padecen los jesuitas inocentes, y de desvío hacia los malcontentos que pedían la secularización. El último párrafo del diario transmite la fe que le animaba a soportar tantas penalidades: «aunque al presente nos veamos perseguidos del mundo y del infierno, desterrados de nuestras patrias, sin tener donde fijar el pie, aunque nos veamos, digo, al parecer, en tanta miseria si seguimos a nuestro Redentor y Capitán Jesús en la perseguida madre de la Compañía, sin desistir ni volver atrás, *populus Sion habitabit in Jerusalem*». Ha sido un acierto del autor habernos ofrecido un resumen fiel del diario de Peramás, animado con la transcripción literal de los párrafos más destacados, y con la publicación de tres ricos apéndices con los nombres de los jesuitas de Córdoba, una breve descripción de las misiones, y la fábula de Nicolás, el supuesto rey del Paraguay.

La tercera parte del libro se ocupa de «La expulsión de los jesuitas de las Misiones del Paraguay, según fuentes diplomáticas francesas». El paralelismo entre la fuente jesuítica (Peramás) y la fuente oficial antijesuítica (el embajador) no deja de ser iluminador. Para mejor comprensión de los textos, se hace una introducción sobre la ubicación de las misiones guaraníes, y sobre la personalidad del gobernador de Buenos Aires, Francisco Bucareli, que fue el ejecutor de la expulsión de los misioneros. Una de las primeras noticias que envía el embajador francés es la de un rumor sobre una posible inteligencia de los jesuitas de Paraguay con los ingleses. Esta noticia era falsa, pero dio pie a que algunos historiadores, como el P. José Hernández, sostuvieran la tesis de un complot o intervención de los masones para provocar la expulsión de la Compañía en Paraguay. Ferrer, gran masonólogo, afirma que esa tesis carece de fundamento. Lo más interesante en esta tercera parte del libro es la transcripción, en el apéndice, de un extracto que hizo el fiscal Roda de la relación enviada por Bucareli. El gobernador organizó un ejército de 1.500 hombres con 184 carretas y 2.000 bueyes para expulsar a unos 80 jesuitas dispersos en 32 pueblos. Naturalmente, no hubo la menor resistencia, a pesar de que el gobernador describía la expedición como una campaña heroica. El relato de Bucareli-Roda interesa por el modo en que estos dos grandes enemigos de los jesuitas cuentan la historia. Afloran allí todos los tópicos al uso. La salida de los Padres significaba, según ellos, la liberación de los pobres indios, el fin de la tiranía jesuítica y el comienzo de una era feliz bajo un nuevo gobierno espiritual y temporal. De momento mandaron a los guaraníes unos curas que no conocían su lengua, y establecieron guarniciones con soldados. Opina Ferrer que Roda utilizó el informe de Bucareli, no exento de manipulación, como una justificación de la expulsión de los jesuitas; y añade que, teniendo en cuenta la abundante bibliografía actual sobre las misiones guaraníes, «da la sensación de que dicho informe estaba escrito exclusivamente para convencer y halagar a Carlos III de la bondad de su medida y de la malicia y maldad de los jesuitas». Sugiere, por último, que los burdos ataques de Roda, dejan entrever, indirectamente, la labor cultural, social y espiritual de aquellos misioneros.

Ha sido un acierto de Ferrer Benimeli esta estimable aportación histórica sobre la expulsión de la Compañía. Es una historia de acontecimientos, pura y dura, limpia y escueta, en la que los hechos son el mejor argumento.—M. REVUELTA GONZÁLEZ.